

EL MENTIDERO



DE LA VILLA DE MADRID

Nº 893 | Martes, 23 de Abril de 2024

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✦ **Y no se baja del machito**, *Emilio Álvarez Frías*
 - ✦ **El fondo de la cuestión**, *Manuel Parra Celaya*
 - ✦ **Los que se inventan la historia**, *Juan Van-Halen*
 - ✦ **Y, además ya no votan**, *Fernando Sabater*
 - ✦ **Los nietos de las víctimas desenmascaran a Bildu: «Es ETA; el PSOE nos ha traicionado»**, *Marcos Ontarra*
 - ✦ **Los partidos políticos, esa negación de la democracia**, *Alberto Buela*
- Apuntes de Rusia (I): **Chak-Chak**, *Sertorio*



Y no se baja del machito

Emilio Álvarez Frías

Y no le importa ni un carajo se diga lo que se diga respecto a él; le apliquen los mote que salgan del pueblo, la prensa o los documentados;

Es capaz de aguantar hasta que lo echen. ¡Qué cuajo tiene! Pega capotazos subiéndose al Falcon, manoletinando cuando junta a sus más profundos seguidores debidamente seleccionados, verónicas si ha de entenderse con «los representantes del pueblo» que ocupan los sillones del Parlamento o el Senado, faroles si tiene ante sí a los delegados de los diferentes países de la Unión Europea, chicuelinas cuando aparece por la NATO, revolveras cuando se las ve ilustrando a los delegados de la ONU. Es un maestro con el capote, aunque, da la sensación de que no siente afición por la tauromaquia, al menos no se le ve acudir a ninguna corrida de toros. Pero es un maestro en el engaño y utiliza todas las artes del toreo.

Y aguanta lo que le suelten. Y no le importa ni un carajo se diga lo que se diga respecto a él; le apliquen los mote que salgan del pueblo, la prensa o los documentados sobre el tema; le adjudiquen malos hechos con los bienes y las normas del Estado. Él, Pedro Sánchez, se considera por encima de todo y con derecho a pisotear lo que no le gusta o va en contra de sus deseos. Actúa como si se considerara un autócrata nacido para ajustar la democracia y la libertad a sus deseos y necesidades.

No ha debido tener tiempo para leer historia y cómo pueden y deben funcionar los Estados para un buen gobierno. Ni se ha fijado en lo que sucede por la parte de mundo que funciona correctamente. Por ejemplo, aunque se hartó la prensa de informar al respecto, no se ha debido enterar de que en Portugal presento Antonio Costa su dimisión como primer ministro al verse envuelto en una investigación relacionada con el tráfico de influencia, corrupción y prevaricación; nadie le tuvo que decir nada para decir adiós y ahora, al parecer, ha quedado limpio de polvo y paja. Si Pedro hubiera tenido la preocupación de aprender cómo se gobierna una nación, probablemente hubiera tropezado con las andanzas de Álvaro Figueroa y Torres, más conocido por el Conde de Romanones, que fue político y empresario entre los siglos XIX y XX, que hizo una labor impresionante a lo largo del tiempo que perduró como presidente del senado, presidente del Congreso de los Diputados, varias veces ministro, presidente del Consejo de Ministros, sin renunciar a participar en el desarrollo de las grandes empresas de entonces como Peñarroya, Minas del Rif, ferrocarriles, etc.

Como en todas las épocas de la vida, en aquellos tiempos del Conde de Romanones existían los sambenitos que le adjudicaron a Antonio Costa, y, al parecer, le están sacando con bastante base a Pedro Sánchez. Pero el Conde de Romanones mantenía una norma para evitar todas las lacras: «Si no existieran hijos, yernos y cuñados, cuántos disgustos se ahorrarían los jefes de Gobierno». Todo lo contrario a lo que hace Sánchez, que asimila a hijos, yernos o cuñados a toda una importante camarilla que mantiene en vilo para que lo sostengan a él como presidente del Gobierno con ansiedad de presidente del país, lugar que también ambiciona Yolanda Díaz.



Esto es un lío.

Mas lo que está claro es que Pedro Sanchez caerá cualquier día como le ha pasado a su símil Luis Rubiales. Y es que tiene razón el Conde de Romanones. Si uno es tan engreído como resulta ser Sánchez se está expuesto a caer por el terraplén en cualquier momento por cualquier tontería, como le ha ocurrido a Rubiales.

Yo trabajé en una empresa donde su director y accionista mayoritario –no sé había leído el axioma del Conde– tenía muy claro el suyo propio que aplicaba a rajatabla cuando alguien venía a recomendarle a un familiar: no admito más de un ejemplar por familia.



El fondo de la cuestión

Manuel Parra Celaya

Cuando se pretende matar a Dios, se acaba matando al hombre, y en ese punto nos encontramos ya

Nuestra concreta *circunstancia*, la época que nos ha tocado en suerte vivir, no difiere mucho de otras de la historia, y esta afirmación inicial me aleja de visiones apocalípticas más o menos popularizadas. En efecto, consulten los agoreros de hoy cuándo el mundo ha vivido sin guerras o incertidumbres, cuándo no se han producido tremendos desastres naturales o cuándo los seres humanos no se han visto sorprendidos por una epidemia de mayor o menor alcance.

En otro orden de cosas, buscaremos inútilmente momentos en que no hayan existido la corrupción, los latrocinios a costa del erario público, trifulcas entre bandos y partidos o incógnitas

sobre cómo capear una crisis política de gran tamaño; claro que esta apreciación quiere ser meramente cualitativa, pues, cuantitativamente, en estos últimos temas, creo que en España nos llevamos la palma, y perdonen por señalar...

La diferencia con nuestro momento en que, actualmente, todas estas situaciones se conocen casi al minuto de producirse; en que, gracias a los medios modernos, la información a escala planetaria es instantánea. Además, se da un rasgo importante: como consecuencia de esta sobreabundancia de noticias, de su precisión e de su inmediatez, nos hemos *blindado* ante infortunios y desastres, apenas nos afectan interiormente y hemos casi dejado de *con-movernos*, es decir, adoptar actitudes de solidaridad, en unos casos, y de *in-dignarnos* en otros, siempre que no nos toquen de cerca. Este es un fenómeno generalizado, a pesar de que algunos queramos perseverar en aquella antigua consigna campamental de que *nada de lo humano te sea extraño*.

Pero ahora me quiero referir en concreto a otro tipo de noticias, esas que antes solo servían de comidilla en las tabernas o en las reuniones de comadres y se despachaban en los medios como un apartado menor denominado *crónicas de sucesos*; actualmente, quizás por ser más frecuentes en las portadas de prensa y de telediarios y tener un carácter que llamaríamos más *individualizado*, nos suelen impactar mucho más que un descarrilamiento de trenes en un país remoto o, incluso, que la hambruna de una parte de la población mundial. Me refiero a hechos que no dudamos en calificar de monstruosos y cuyos protagonistas pueden ser nuestros convecinos; en algunos casos, ni la más sórdida imaginación de un escritor de novela negra o de un director de películas *gore* pueden superar la realidad cotidiana.

Me entero, por ejemplo, que, en lo que llevamos de año, siete niños han sido asesinados por uno de los cónyuges, eso que se denomina *violencia vicaria*, con el fin de dañar al otro cónyuge; o las violaciones en grupo por parte de adolescentes, o la decapitación de un padre por su hijo... Y no me resisto a incluir en esta serie de aberraciones el hecho de que, en nuestra Europa, una mayoría parlamentaria haya consignado el infanticidio como *derecho* inalienable.



No dudo ni por un instante que el fondo de la cuestión, la causa profunda de estas atrocidades radica en un profundo desajuste de la propia naturaleza humana, o, en otros términos, en una radical *desarmonía* del hombre consigo mismo.

La desarmonía abarca todos los aspectos de la vida y parece ser permanente en nuestra época; falta de armonía del ser humano con respecto a su entorno: a sus semejantes, con relación a su comunidad y a su patria; con respecto a la historia y a la tradición cultural que le legaron sus antepasados. Pero, en el caso que nos ocupa, se trata sin duda de una profunda *desarmonía consigo mismo*. Sea por frivolidad, por dejación de su propia condición, por impacto de las *ideologías oficiales del Pensamiento Único*, lo evidente es que ha perdido de vista su propia *humanidad*. Y, en primer lugar, los resortes íntimos que todos llevamos en nuestro interior con vistas a la Trascendencia. Como siempre, todo problema humano, social o político, tiene un indudable trasfondo religioso.

Lo podríamos sintetizar en el hecho de que a ese ser humano se la ha ocultado sistemáticamente su condición de *creatura*, de su condición finita y relativa, en relación, búsqueda o desconocimiento de que existe un Ser Infinito y Absoluto. Como alguien dijo, cuando se pretende *matar a Dios*, se acaba *matando al hombre*, y en ese punto nos encontramos ya.

Si existe una *relación*, más o menos profunda, con ese Dios, aunque parezca lejano, pueden darse raíces de fundamento que eviten caer en la condición de monstruo; también, si la búsqueda es sincera, porque el mismo interrogante que se plantea el hombre actúa a modo de fe incipiente aunque no sea confesada. Hay que acudir a la dimensión de un desconocimiento radical para que alguien pueda asesinar fríamente a un cónyuge, a los hijos, nacidos o no, o a otro semejante por razones que, ante la magnitud de la tragedia, se nos aparecen como nimias; en

este caso, acudiríamos a la expresión *falta de conciencia*; o mejor, conciencia no formada o mal-formada.

La excusa, en algunos casos –que no sirve para los parlamentarios abortistas europeos– puede ser la instintividad, es decir, la obediencia a impulsos ciegos sin que medie la capacidad racional que se supone en todo ser humano. Y, a estos efectos, recuérdese que vivimos en una sociedad en que predomina esta instintividad, disfrazada de *emotividad* y de *voluntarismo*, ayuna de raciocinio y de cultivo de la inteligencia.

Urge, pues, reconciliar al hombre consigo mismo, abrir las puertas a esta *armonía íntima*, que es la base para superar otras *desarmonías* sociales o políticas, y ello supone no perder de vista aquella Trascendencia ineludible como punto de arranque.



Los que se inventan la Historia

Juan Va-Halen (*El Debate*)

Resulta históricamente impresentable mirar la Historia de España con un ojo, ignorando los disparates de unos, considerados ejemplares, y sobredimensionando los de otros, considerados abominables

Coincidiendo con los anuncios de Sánchez y de su escudero Bolaños de que impedirán, vía tribunales, la existencia de normas autonómicas revisando la ley memorística nacional, un viejo amigo zurdo me comentó, quejándose, que articulistas fachas aventábamos una historia inventada. Me he releído, pese al consejo de Juan Valera de que leerse a uno mismo produce melancolía, y he encontrado historia, eso que ahora se mal llama «memoria histórica» (la memoria es individual y «memoria histórica» es un concepto impropio) pero salvo que deseemos que la historia se borre o se jalee según convenga, desnaturalizándola, no he visto otra cosa que eso: una mirada histórica. Igual que leyendo a otros articulistas probablemente considerados fachas por mi amigo.

Me sorprende que pueda resultar extravagante o molesto que se recuerde, por ejemplo, la controvertida historia del PSOE, los hechos y declaraciones de sus dirigentes, homenajeados con monumentos y en el callejero de nuestras ciudades. Lo extravagante y molesto, además de falso históricamente, es que se nos venda la patraña de que eran demócratas quienes propugnaban claramente, y no pocos testimonios hay de ello, la toma del poder por medios no democráticos, el golpe de estado y, en definitiva, una guerra civil.

Ya existía el episodio deplorable de la revolución de octubre de 1934 en Asturias, de socialistas, comunistas y anarquistas, contra un gobierno de centro derecha por el pecado político de haber ganado las elecciones de 1933. Una República que no gobernase la izquierda no era aceptada por quienes se nos quiere presentar ahora como adalides de la democracia y de la libertad. Repasar los mítines de la campaña electoral de 1936, recogidos en los periódicos de la época, es un ejercicio saludable para saber las intenciones de la izquierda si perdía aquellas elecciones. Si las ganaba el resultado sería, a medio plazo, el mismo: la guerra. El 17 de julio se adelantó al golpe preparado por la izquierda.

El 1 de marzo, celebradas ya las elecciones y ganadas por el Frente Popular, Dolores Ibárruri, Pasionaria, lo anunció: «Vivimos en periodo revolucionario y es preciso que no se nos venga con empachos de legalidad, de la que ya estamos hartos desde el 14 de abril. La legalidad la impone el pueblo (...). La República tiene que dar satisfacción a las necesidades del pueblo, y si no lo hace el pueblo los arrollará e impondrá su voluntad». Noticia de *El Socialista*.

Se debatió mucho quién ganó realmente las elecciones del 16 de febrero de 1936. En 1933 había ganado holgadamente el centro derecha, pero en 1936 las acusaciones de fraude fueron numerosas. No pocos notarios denunciaron que habían sido ahuyentados a tiros o que, sencillamente, se les impidió levantar actas de irregularidades. La manipulación fue notoria, incluso desde la Comisión de Actas del Congreso, presidida por el socialista Indalecio Prieto, que hizo bailar hacia el Frente Popular una treintena de actas de diputados que habían correspondido al centro-derecha.

Muchos años después aparecieron los papeles de Niceto Alcalá-Zamora, robados por policías socialistas en una caja fuerte de Credit Lyonnais durante la guerra. Tras alguna peripecia llegaron a los investigadores. Entre los papeles había documentos y actas de aquellas elecciones, y la opinión de quien era entonces presidente de la República. Quedó claro el pucherazo electoral. El PSOE y el resto de la izquierda asilvestrada habían amenazado con una guerra civil si ganaban las derechas. Y no hubo cuajo para afrontarlo.

Resulta históricamente impresentable mirar la Historia de España con un ojo, ignorando los disparates de unos, considerados ejemplares, y sobredimensionando los de otros, considerados abominables. El Gobierno ofrece una visión falsa, amañada, de un pasado que, como tal, es historia y debe ser conocido y estudiado como fue. Por la historia no se puede pasar una goma de borrar.

Lo cierto es que en aquella España prebélica ya se vivía, en cierto modo, una guerra. La violencia era diaria. Al menos desde la revolución de Asturias de 1934. Los extremismos habían ganado la partida a la medida. Republicanos como Marañón, Pérez de Ayala, Ortega, Ochoa y tantos otros, huyeron de aquella situación en la que no sentían seguras sus vidas. No existió la República angelical que nos vende Sánchez.

¿Es «facha» recordar todo esto? ¿Es falso? Quienes inventan la historia a su gusto por intereses ideológicos siguen las tácticas totalitarias de siempre. Con careta o sin ella. Son bien conocidos.



Los que ya no votan

Fernando Savater (*elSubjetivo*)

Filósofo y escritor español

«El proyecto nacionalista no es que Euskadi salga de España, sino que España salga de Euskadi»

En las elecciones de hoy domingo en Euskadi van a faltar muchos votos de ciudadanos que bien quisieran poder participar. Pero no lo harán, precisamente porque no pueden: los que lo tienen radicalmente imposible son los asesinados por la banda terrorista ETA, a la que el joven candidato Ochandiano llama asépticamente «grupo armado», quienes tendrían el mayor interés en hacerse oír en el tumulto sectario y frívolo de los comicios pero ya nunca volverán a ser escuchados. Tampoco votarán las decenas de miles que han debido abandonar el País Vasco –tan verde, tan bonito, donde se zampa tan bien– porque no querían sufrir más amenazas, o el ambiente de verbena sanguinaria se les hacía irrespirable o no soportaban la idea de que sus hijos se educasen entre jaleadores de asesinos y enemigos de su lengua materna. Y muchos no votarán porque, ¿saben ustedes?, ya para qué, si todo el pescado está vendido, si los oportunistas que son siempre mayoría saben que para prosperar hay que poner cara triste ante las víctimas –siempre que no sean demasiado de derechas– pero hacer negocios con los verdugos o sus amigos, que son los que van ganando. Ahora son otros tiempos, ETA ya no mata a sus adversarios (ahora los «cancela» socialmente, se han hecho más modernos) y Bildu –con su Sortu

dentro— ya es visto por los jóvenes como un partido perfectamente normal, lo que pone muy contento a Azpiolea.

¿Qué muchos van a quedarse sin votar? Pues bueno, pues mejor. Como claramente ha dicho el archipámpano Ortuzar, cuyo objetivo político es que los vascos sigan siendo vascos durante siglos y siglos (no sé cuántos siglos se propone vivir él), el proyecto nacionalista no es que Euskadi salga de España, sino que España salga de Euskadi. En eso se diferencia un poco —sólo un poco— de los bildutarras, que pretenden echar a los españoles o a los que no fingen haber dejado de serlo, para concretar su limpieza étnica. Hay que llamar a las cosas por su nombre: limpieza étnica. Ese es el último objetivo de los nacionalistas, que unos quieren conseguir gradualmente y otros imponer por la fuerza. Pero sea cual fuere el método empleado, no es un propósito limpiamente democrático y se equivocan quienes creen que lo único malo de los etarras fue la violencia que utilizaron. No, almas de cántaro, no basta con pedirles que condenen el terrorismo (cosa que por otra parte tampoco piensan hacer porque para ellos y sus votantes es el certificado de su fe): habría que pedirles a ellos y a sus mentores peneuvistas que renunciases públicamente a llevar a cabo la limpieza étnica que pretenden, que es su objetivo y su razón de ser. Si se acepta que esa limpieza étnica es lícita ideológicamente en un Estado democrático, ya da igual que no se condene la violencia porque habrá que resignarse a ella de un modo u otro. ¿O es que va a exigirse a esa España y esos españoles que deben irse según los criterios nacionalistas de Euskadi que renuncien a su tierra mansamente y sin rechistar? Oiga, perdone, que no todos somos socialistas sanchistas: lamento darles la mala noticia de que no pensamos resignarnos.

A continuación transcribo el prólogo que he escrito para el interesante libro *Inocentes* de Juan José Mateos (ediciones Arzalia) cuyo subtítulo revelador es «Las otras víctimas de la ETA». Recomendando su lectura y también una reflexión más allá de urgencias electorales sobre lo que pasa, lo que va a pasar y lo que puede llegar a pasar en el País Vasco.

Escribo estas líneas amistosas a título de excepción. Hace ya bastantes años que he renunciado a escribir prólogos a obras de autores españoles. El motivo es que me piden tres o cuatro al mes y a veces esos autores son amigos o conocidos con los que tengo cierto compromiso. Si accediese a todas las peticiones no haría nada más en la vida y la verdad, no es plan. De modo que la única forma de evitar los agravios comparativos es no hacer ninguno y santas pascuas.

Pero violo este sano principio hoy por dos razones de peso. La primera es que el autor de este libro, Juan José Mateos San José, es un guardia civil y que además sirvió en Euskadi en la época que ahora nadie quiere recordar. Para mí, ser guardia civil no es cualquier cosa: es un título de honor como muy pocos. El agradecimiento que los vascos españoles que padecemos el terrorismo debemos sentir por la Guardia Civil es más de lo que puede expresarse con unas cuantas fórmulas de compromiso. No creo haber sido el único que algunas noches me dormí y algunas mañanas me desperté pensando con alivio: «Aún nos queda la Guardia Civil». Eso no voy a olvidarlo. Ni su admirable sacrificio, ni la dignidad con que acudían a los funerales de sus compañeros caídos en defensa de nosotros, los ciudadanos opuestos al separatismo. Y me indigno hoy de que estos abnegados servidores de lo público tengan que salir a la calle en manifestación para reivindicar (junto a la Policía Nacional) igualdad de sueldos y pensiones con otros cuerpos de seguridad locales que desde luego no tienen más méritos que ellos.

Además de la calidad del autor, está también el tema del libro. Que es la crónica de lo que fueron los infames años del auge de ETA y sus sayones. Una auténtica tiranía del terror. No se crean las disculpas amnésicas de los que pretenden que ETA ya es puro y simple pasado, que nada tiene que ver con nuestro presente. Esos amnésicos suelen ser los mismos que recuerdan a sus adversarios ideológicos puntillosamente cualquier exabrupto machista de hace veinte años o cualquier inspección de Hacienda con resultado irregular de una prima carnal. No, la historia en detalle de ETA y sus cómplices —¡tantos cómplices!— debe ser recordada porque aún es el mayor mérito que disimuladamente los separatistas exhiben para prestigiarse y ganar los votos de las nuevas



generaciones. Nosotros, los vascos españoles y constitucionalistas, debemos recordarla para que sepamos a quién nunca debemos votar en el País Vasco, aunque se presenten bajo la piel de oveja que ahora les parezca más favorecedora.

Este es un libro útil y que, digan lo que digan los conformistas (por no llamarles cómplices), sigue siendo necesario. Por eso yo felicito a su autor y he querido apoyarle con estas líneas.



Y, además, antisemita

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

Seis meses después del 7 de octubre, de aquella matanza apenas se habla. Los muertos de Gaza han enterrado a los del kibutz en la tumba de una memoria colectiva manipulada

El martes 17 de marzo de 1992, un atentado terrorista destruyó la embajada de Israel en Buenos Aires causando la muerte de 22 personas y heridas graves a 242 más. Dos años después, lunes 18 de julio de 1994, un coche bomba redujo a escombros la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA) en la capital, con un saldo de 85 muertos y 300 heridos. Casi 300.000 personas de ascendencia judía viven en Argentina, el 80% de las cuales en Buenos Aires. Después de 12 años de investigación, la justicia argentina, con aportaciones de los servicios de inteligencia americanos e israelíes, acusó formalmente al gobierno de Irán de planificar un atentado que, como mano de obra, fue llevado a cabo por la organización terrorista libanesa Hezbollah, que alienta y financia Irán. Argentina había sido elegida como blanco del ataque tras la decisión de su Gobierno de suspender toda transferencia de tecnología nuclear a Irán. Todos los Gobiernos argentinos desde entonces han tratado de entorpecer la labor judicial. El 13 de enero de 2015, el fiscal Alberto Nisman tuvo los santos redaños de presentar una denuncia contra la entonces presidenta Cristina Kirchner como supuesta encubridora de los atentados, pero 5 días después, horas antes de presentar su informe al Congreso, Nisman apareció muerto de un disparo en la cabeza en su apartamento de Buenos Aires. Tan cerca como el pasado jueves 11 de abril, casi 30 años después de aquella masacre, la Cámara Federal de Casación Penal, máximo tribunal penal argentino, dictaminó que ambos atentados «respondieron a un designio político y estratégico de la República Islámica de Irán y fueron ejecutados por la organización terrorista Hezbollah». El fallo sostiene que la voladura de la AMIA fue, además, un crimen de «lesa humanidad», abriendo la puerta para que Argentina demande formalmente a Irán. El presidente Javier Milei aplaudió el fallo judicial, y su ministra de Seguridad, Patricia Bullrich, afirmó que el Estado argentino, que ha cursado órdenes de detención a la Interpol contra miembros del Gobierno iraní, promoverá el enjuiciamiento criminal de los prófugos por el atentado.

Prácticamente hay que buscar con lupa en internet para encontrar en la gran prensa occidental, esa que ahora derrama ríos de tinta hablando del «genocidio» israelí en Gaza, la noticia del trascendental fallo de la justicia argentina condenando a Irán como autor intelectual de esas matanzas. Ni una línea en los medios españoles. Estuve en ese país de vacaciones hace pocos años. Me impresionó su gente, su amabilidad, su ansia por conocer de primera mano el mundo exterior, su cordialidad para invitarte a tomar un té en su casa por cualquiera que manejara cuatro palabras de inglés; me maravilló, sobre todo, su ansia de libertad, hasta el punto de considerar imposible el mantenimiento en tiempo de la dictadura de los Ayatollahs. El iraní es un pueblo excepcional, mayoritariamente laico, que sufre la represión tiránica de una odiosa casta religiosa. La República Islámica se ha fijado como objetivo la destrucción del Estado judío, la única democracia plena existente en Oriente Medio. Y desde su fundación martillea las defensas de Israel por mano interpuesta desde Iraq, Siria, Líbano (Hezbollah), Yemen (Huties) y Gaza

(Hamás). Asombra ver cómo la izquierda y una mayoría de medios toleran una tiranía sanguinaria que cuelga a los homosexuales de las grúas y reprime a las mujeres que se arriesgan a salir a la calle sin velo, mientras condena duramente a un país plenamente democrático cuyo Constitucional acaba de tumbar la pretensión del Gobierno Netanyahu de recortar la independencia de su poder judicial. Sobrecoge comprobar cómo el odio a Israel lleva a la izquierda española y mundial y a buena parte de los medios a apoyar a una dictadura atroz como la iraní.

Porque, según esa izquierda y esos medios, Israel no tiene derecho a defenderse. No solo eso, sino que debería dejarse conducir mansamente hasta ahogarse en el mar, como reza el eslogan de moda que estos días corea el perroflautismo internacional. Como escribiera el judío lituano Wladimir Rabi, luego nacionalizado francés, «nosotros nunca olvidaremos. No podemos olvidar porque hemos sido los arrastrados del mundo. Contra nosotros todos han tenido licencia». No había ninguna razón, ninguna provocación previa, para la masacre del 7 de octubre, el mayor pogromo de judíos ocurrido en un solo día desde el final de la II Guerra Mundial. La razón, como días atrás escribía Alain Finkielkraut, es que «para Hamás, la organización que gobierna Gaza con mano de hierro, no hay diferencia entre soldados y civiles: cada israelí, hombre o mujer, niño o anciano, es un enemigo, un criminal que debe ser eliminado». No hay Estado que pueda permitir la existencia en su puerta trasera de una organización terrorista dispuesta a eliminarlo por la fuerza. ¿Cómo no entender, entonces, la represalia en Gaza tras lo ocurrido el 7 de octubre? Y, naturalmente, en toda guerra mueren inocentes, aunque los muertos en el «genocidio» gazatí han sido fundamentalmente terroristas de Hamás, gente que suele utilizar a civiles como escudos humanos. Lo explica el también galo Gilles-William Goldnadel: «Deploro sinceramente la muerte de niños en Gaza. Pero me niego a confundir a un terrorista que masacra voluntariamente a un civil, con un soldado que involuntariamente mata a un civil para alcanzar al terrorista que se protege detrás de su cuerpo».

Seis meses después del 7 de octubre, de aquella matanza apenas se habla. Los muertos de Gaza han enterrado a los del kibutz en la tumba de una memoria colectiva manipulada por unos medios de comunicación dispuestos a infligir a Israel una doble derrota: la evidencia de su vulnerabilidad, no obstante el prestigio de que siempre han gozado su ejército y sus servicios de inteligencia, y la de verse hoy en el banquillo de los acusados por «genocida». Impresiona la satisfacción con la que la prensa zurda utiliza impunemente el término «genocidio» contra el Estado judío. Los bombardeos occidentales sobre Mosul y Raqqa en 2017, con miles de víctimas, o los conflictos de Sudán o Congo, con millones de muertos y desplazados, por citar solo dos tragedias recientes, no han merecido ni la décima parte de crítica que ahora ha concentrado la ofensiva israelí en Gaza. Todo vale contra un pequeño pueblo de apenas 15 millones en un mundo habitado por 8.000 millones de almas.

Es la vieja retórica antisemita del totalitarismo soviético que no solo no desapareció con la caída del muro de Berlín, sino que, como al olmo seco del soneto de Machado, las lluvias de abril y el sol de mayo del suicidio de las elites occidentales han hecho brotar una poderosa rama de hojas nuevas dispuesta a reñir la vieja y singular batalla entre la libertad y la tiranía. Es el inconsciente judeofóbico siempre latente en un progresismo que, puesto que no puede con el «gran Satán», Estados Unidos, destila todo su odio contra el «pequeño Satán», Israel, travestido así en espejo o encarnación del Estado-nación occidental. Hablamos de un Israel convertido en doble víctima en su condición de blanco y judío, modelo involuntario de ese colonialismo occidental que esclaviza a los pueblos (puro pensamiento woke), en este caso a una Autoridad Palestina (no digamos ya a Hamás) que ha rechazado todos los acuerdos (paz por territorios) que le fueron ofrecidos en el pasado reciente. Es ese nuevo fascismo que se hace llamar a sí mismo «antifascista», aderezado con el viejo antisemitismo de raíz nazi del que nunca ha abdicado la izquierda comunista y alrededores porque nunca tuvo su merecido Nuremberg.

Todos los medios que hablan de «genocidio» en Gaza y exigen la inmediata retirada del ejército israelí ponen un cuidado exquisito a la hora de ocultar la existencia de más de cien rehenes



todavía en manos de Hamás, cuando a la organización terrorista, empeñada en la destrucción de Israel, objetivo al que ha sacrificado cualquier intento de proporcionar una vida digna a los habitantes del enclave, le resultaría muy fácil desmontar la estrategia israelí poniéndolos en libertad. ¿Cómo después de la masacre del 7 de octubre podría el Gobierno, ahora de concentración nacional, que preside Netanyahu retirarse de Cisjordania y aceptar la creación de un Estado palestino que pondría a todo Israel dentro del alcance de sus misiles? La República Islámica de Irán y sus brazos armados, Hamás entre ellos, no quieren la coexistencia con Israel, sino su exterminio, una situación igualmente desastrosa tanto para israelíes como para palestinos, que nos sitúa ante la abrasadora evidencia de que la única posibilidad de solución duradera capaz de hacer posible la coexistencia entre ambos pasa por la derrota definitiva del Islam radical y su incapacidad para causar daño. Pasa por derrocar la dictadura de los Ayatollas de Teherán.

En este avispero se ha metido un mediocre con ínfulas que responde al nombre de Pedro Sánchez, el Mélenchon hispano, el líder de esa Francia Insumisa, para quien el pogromo del 7 de octubre fue «una ofensiva armada de las fuerzas palestinas lideradas por Hamás». Pedir la creación de un Estado palestino sin, al mismo tiempo, exigir el reconocimiento al derecho a existir del Estado hebreo, es de un cinismo sólo concebible en la barahúnda argumental de este pigmeo intelectual y moral, un cero a la izquierda en el plano internacional, experto en abordar problemas que no puede resolver. No deja de tener su gracia, por lo demás, que quien con saña persigue la destrucción de España y su ordenamiento constitucional pretenda arreglar un embrollo como el de Oriente Próximo. Sabemos lo que a este pájaro le importan palestinos y/o israelíes. Lo que trata, ha tratado, es de esparcir de nuevo tinta de calamar con la que ocultar durante unos días, lo que dure dura, su desastrosa posición interior, la situación de debilidad extrema de un Gobierno sin presupuestos que no puede gobernar, sumido en una aguda crisis institucional, con un delincuente en el exilio por socio preferente, rehén en el País Vasco –como hoy volverá a quedar en evidencia–, de los nacionalistas del PNV y de los filoterroristas de Bildu, y ahogado por la corrupción, corrupción que empieza por la que directamente afecta a la señora con la que, un suponer, se mete en la cama. Lo único genuinamente verídico que el conflicto palestino ha aflorado en él es su evidente antisemitismo. No le falta de nada. Todo lo tiene bonito mi María Antonia. Por lo demás, la gente decente siempre estará al lado de la civilización y en contra de la barbarie. Junto a Israel y contra Hamás.



Los nietos de las víctimas desenmascaran a Bildu: «Es ETA; el PSOE nos ha traicionado»

Marcos Ondarra (*theObjective*)

Martín Recalde, Fernando Múgica, Paula Baena y Bruno Sangro, nietos de víctimas de ETA

Fernando, Paula, Bruno y Martín son nietos de víctimas de ETA. O víctimas de ETA, en puridad, pues los tres primeros no llegaron a disfrutar de sus abuelos porque un día los terroristas les arrebataron la vida en un intento de implantar su proyecto totalitario. Martín sí lo conoció, aunque lo escuchó «hablar raro» toda su vida por el disparo que recibió en la mandíbula. Su mensaje es esencial en un momento en el que sus herederos políticos, quienes maquillan con eufemismos el terror y no condenan sin ambages la barbarie, son socios del Gobierno de España y se postulan como vencedores de las elecciones vascas.

Sus abuelos son, respectivamente, Fernando Múgica, abogado e histórico dirigente del PSOE asesinado por ETA de un tiro en la nuca cuando se dirigía al despacho que compartía con su hijo; el comandante Jesús Velasco, jefe del Cuerpo de Miñones de Álava, masacrado a tiros

cuando llevaba al colegio a sus dos hijas Begoña e Inés; el militar José Luis Prieto, asesinado a sangre fría cuando acudía a misa junto a su esposa; y José Ramón Recalde, exconsejero socialista que fue víctima de un grave atentado terrorista cerca de su domicilio, tras décadas de hostigamiento a él y a su mujer, junto a quien regentaba la icónica librería Lagun de San Sebastián.

Estos jóvenes sí tienen claro qué fue –o es– ETA y qué es Bildu, aunque para Paula Baena son una cosa y la misma: «Bildu es ETA, pero en vez de empuñar las pistolas están en las instituciones». «La derrota de ETA es una derrota en falso», considera esta joven periodista, que parafrasea a Fernando Savater cuando dice que «ETA mataba por algo, y ahora estamos en ese algo»: ¿Qué derrota es si quienes nos sentimos derrotados somos las víctimas? Ellos se sienten victoriosos. El próximo domingo ganarán las elecciones y les votarán cientos de miles de vasos».



No les ha pillado de sorpresa, como a algunos socialistas, las palabras de Pello Otxandiano, candidato de los bildutarras a la Lehendakaritza, calificando ETA de «grupo armado». «Eso no es nada nuevo, lo llevan diciendo toda la vida», dice Fer Múgica, que recuerda el titular de *Egin* el día después del fallecimiento de su abuelo: «Abatido». «Lo que sorprende es que a la gente le sorprenda, es su labor que no esté claro qué sucedió, difuminarlo todo», arguye el joven consultor.

Contra PSOE y PNV

En esa labor de difuminación, considera el descendiente del histórico socialista, PSOE y PNV han jugado una labor fundamental: «El PSOE, por motivos políticos, ha querido tender la mano a Bildu, y eso tiene un coste: el blanqueamiento e integración en la vida política ordinaria. El PNV, entre otros, se hace el sorprendido, pero se ha beneficiado enormemente de todo esto. ETA agitaba el árbol y ellos recogían los frutos. Nadie puede hacerse el ignorante aquí».

Bruno Sangro, hijo de Paz Prieto, exconcejal del Ayuntamiento de Pamplona, habla sin pelos en la lengua: «ETA es un grupo terrorista, no hay mucha vuelta de hoja. Hacían lo que hacían porque tenían una ideología extremista, totalitaria y repugnante que aplicaban sembrando el terror a diestro y siniestro».

Así lo atestigua Martín Recalde. A sus 23 años, este joven estudiante de Derecho y Ciencias Políticas, miembro de Izquierda Española, recuerda con cariño al escolta de sus abuelos. Todos los clientes de su librería, de hecho, llevaban escolta. «Es la librería más atacadas de toda Europa. Primero fue atacada por los Guerrilleros de Cristo Rey, después de que Blas Piñar dijera que había libros comunistas. A partir de 1995, empezó a ser atacada por ETA todas las semanas, rompiendo cristales, quemando libros... hasta que en 1996 deciden cambiarla de ubicación».

La historia de los abuelos de Martín, que estuvieron encarcelados por su militancia antifranquista, recoge una terrible paradoja: la de una banda terrorista que se decía antifranquista persiguiendo a dos reconocidos opositores al Régimen acusándolos de «fascistas» por no querer la secesión del País Vasco. Eso lleva a su nieto a concluir que ETA era «una banda terrorista de ideología nacionalista que quería expulsar y matar a todos los vascos que no pensasen como ellos».

Memoria democrática

Hartos de que se pisotee la memoria de sus abuelos, de que se presenten sus asesinos materiales o intelectuales en listas electorales y de que se vendan como «guerrilleros» de un «conflicto entre dos bandos», los nietos de las víctimas de ETA han decidido dar un paso al frente, y a través de la asociación Ego Non, llaman a más jóvenes a sumarse a esta cruzada por la memoria, la dignidad y la justicia.

«Hay tanta gente que les vota porque en un primer momento se les dejó libertad para expandirse en el terreno político, se les dio manga ancha, cosa que no había que haber hecho», critica Bruno Sangro, que zanja: «Es tarde, pero estamos a tiempo».

«No tenemos que perder la esperanza, tenemos que seguir en la lucha, pero llegamos tarde», coincide Paula Baena: «Cientos de miles de personas les votan porque se ha fallado en la Educación. Los colegios no visitan el Memorial de Víctimas de Vitoria, por ejemplo. Se tiene que educar en los colegios para que se conozca la historia. Los jóvenes tienen que saber qué es lo que pasó».

Y lo que pasó, recuerdan, es que una banda terrorista asesinó a sus familiares por sus ideas o por sus cargos. Pero podían haber sido los abuelos del arribafirmante, o los del lector. «Los nietos, las personas afectadas por estos terribles acontecimientos, o cualquier persona con conciencia política, debemos hablar alto, decir las cosas como son para evitar que se difumine todo. Los asesinatos porque sí no son justificables, me da igual la circunstancia», dice Fer Múgica.

«El sistema en el que vivimos es una democracia y la democracia es el mejor proyecto político, el que debemos defender, y eso se hace por la vía política. Los grupos de la sociedad civil que se opusieron a ETA, como Basta Ya, lo tuvieron claro. Tenemos que exigir a los partidos políticos que no justifiquen la dictadura franquista o el terrorismo etarra», zanja Martín Recalde.

Son las víctimas de ETA más jóvenes. Su mensaje es esencial para mantener en pie la democracia, y no olvidar quiénes la pusieron en jaque por un proyecto ideológico y político que hoy está más fuerte que nunca. Ellos son memoria democrática.



Los partidos políticos, esa negación de la democracia

Alberto Buela

«Un sistema electoral muy desarrollado no es sino un homenaje puramente formal a la democracia».

En la tranquilidad de en este tiempo que me toca vivir encontré en la biblioteca un viejo libro del autor bielorruso Moisés Ostrogorsky (1854-1921) sobre *La democracia y los partidos políticos*, de 1902¹.

Lo primero que llama la atención es la actualidad de sus planteamientos y la similitud de su discurso y el de nuestro presente, 122 años después.

De lo poco que se sabe de su vida sabemos que estudió derecho en San Petesburgo; trabajó en el ministerio de justicia del Zar; viajó luego a perfeccionarse en París, Inglaterra y Estados Unidos, donde salió publicado el libro por primer vez; fue elegido para integrar la primera Duma luego de la Revolución de 1905 y abandona la vida pública cuando ésta es disuelta. Sobre las convulsiones políticas de la Rusia posterior nada se sabe sobre él. Murió en San Petesburgo, que ya se llamaba Leningrado.

Por su originalidad lo podemos comparar su obra con la de los grandes estudiosos de los partidos políticos del siglo XX como Robert Michels, Gonzalo Fernández de la Mora, Max Weber, Giuseppe Maranini, Maurice Duverger, Giovanni Sartori; Gianfranco Miglio o Dalmacio Negro Pavón. Pero no cuenta con la fama y las costosas ediciones de algunos de éstos.

¹ Hay traducción al castellano en la editorial Trotta, 2008.

Su idea principal es la llamada paradoja democrática según la cual la democracia está ausente en uno de los principales sujetos de ella: los partidos políticos. Tesis que se ha sido reproducida en nuestros días por muchos autores sin mencionar al primer autor de la misma.

Ya al comienzo del estudio afirma: «Un sistema electoral muy desarrollado no es sino un homenaje puramente formal a la democracia» (pág. 26). Esta representación formal de los partidos políticos termina produciendo una camarilla, casta u oligarquía política, profundamente antidemocrática.

Su fruto es la contraproducción de aquello que afirman producir. En una palabra, los encargados de llevar a buen término a la democracia son profundamente antidemocráticos: «A los tipos de vileza que ha producido el género humano, de Caín a Tartufo, el siglo de la democracia ha añadido uno nuevo: el político» (pág. 47).

En los partidos políticos no prevalece la razón democrática, sino el uso de los sentimientos para ganar adeptos. El partido político es la escuela perfecta que está bajo el mandato del servilismo y la mediocridad.

Lo interesante de notar es que Moises Ostrogorsky no está en contra de los partidos políticos, sino en contra de su desvirtuación, de su desnaturalización o de su falsificación en la democracia moderna.

Propone que los partidos políticos dejen de ser estructuras rígidas y burocráticas que perduran eternamente. Plantea la no necesaria permanencia de los partidos políticos en el tiempo, pues ellos no son un fin en sí mismo sino un medio, como otros más, en la construcción de una sociedad democrática.

Hay que notar que Ostrogorsky no reacciona ante la existencia de los partidos políticos como suele hacerlo el pensamiento conservador, invalidándolos por su oligarquía, sino que busca su recuperación mediante su limitación temporal. Tienen que abrirse a la posibilidad de que existan partidos temporales en torno a las demandas particulares, lo que crearía una diversidad ideológica que hoy no tenemos.

Como vemos son propuestas actuales realizadas hace 122 años.



Apuntes de Rusia (I): Chak-Chak

Sertorio *(El Manifiesto)*

«*Cuenta a la gente de tu país que aquí vivimos bien, que comemos varias veces al día y que no nos va mal en general*» me dijo una amiga de Kazán durante una espléndida cena tártara. No dejaba de asombrarle lo catetos e ignorantes que somos los occidentales respecto a su país, y eso que ella había estudiado en España y debería de estar familiarizada con nuestro paisaje y nuestro paisanaje. Mientras conversábamos, pasaban los platos, uno detrás de otro, en un estupendo restaurante del antiguo arrabal tártaro de Kazán, un barrio de casas y mezquitas de madera; el menú era generoso y típico: sopa *lapsha* con empanada y una variedad de dulces exquisitos, como la tarta *gubadya*, las *paklavas* y el inevitable *chak-chak*,

todo ello regado con un té aromatizado con hierbas de la región. Si el curioso lector tiene aficiones gastronómicas, Kazán le resultará un paraíso: una ciudad hospitalaria y hermosa donde la gente es simpática y le gusta divertirse. En ella puede disfrutar de la comida rusa, de los acentos persas de la repostería tártara o de la siempre exquisita mesa georgiana, con esos vinos de nombre exótico y sugerente, como el dulce Kindzamarauli o el extraordinario Mukuzami.

Y no sólo de pan, caviar y vino vive el hombre; en Kazán se puede disfrutar ampliamente del encanto de la Rusia imperial al pasear por las calles de su casco histórico, dominado por el severo porte neoclásico de su universidad, fundada por el primer Alejandro y donde estudiaron (poco) Tolstói y Lenin. También es un potente centro deportivo, que acoge a dos muy buenos equipos de fútbol y hockey sobre hielo. Hace siglos, Kazán fue capital de la Horda de Oro, un poderoso janato gengiskánida, y hoy podría ser una capital perfecta para Eurasia; en ella se combinan la tradición musulmana y la ortodoxa en ejemplar armonía; en su kremlin, los alminares azules, blancos y esbeltos de la mezquita de Qol Sharif conviven con las cúpulas doradas de la catedral de la Anunciación. Fuera de sus murallas nos encontramos con uno de los principales centros de peregrinaje de la Santa Rus, el de la Virgen de Kazán, que sigue atrayendo a las masas que veneran el icono de la Madre de Dios, hoy igual que hace siglos, porque la Ortodoxia tiene la magia de lo que permanece y dura.

Pero el monumento que más me impresionó de Kazán fue el instituto Adymnar de enseñanza media, un centro modelo cuyas réplicas ya están en funcionamiento en toda la república. Una de las exigencias a medio y largo plazo que se ha planteado la Federación Rusa es la formación de cuadros, de profesionales capaces. La educación en Rusia no fomenta el onanismo mental y físico, ni fomenta la indisciplina, ni desalienta el esfuerzo, ni recompensa a gamberros y holgazanes: la peste de la pedagogía progresista no ha infectado las aulas. Los alumnos rusos y tártaros lo desconocen todo sobre los géneros, el matriarcado, los derechos animales y el cambio climático, pero cultivan las matemáticas, la cultura propia, las artes clásicas, las ciencias, el ajedrez y el deporte. El seguimiento de los alumnos desde la infancia permite seleccionar los talentos y encauzar las vocaciones, para lo cual un sistema de enseñanza gratuito integra a los estudiantes en centros que disponen de sala de ballet, piscina climatizada, dentista y todo tipo de instalaciones que destacan, sobre todo, por algo que se puede percibir en cada rincón: su espíritu. No hay pintadas ni desperfectos, todo se mantiene en buen orden y ahí se evidencia algo que los occidentales nunca entenderemos: lo público es propiedad de todos, justo al revés que en España, donde lo público es *res nullius*. El orgullo de los tártaros y de los rusos por sus instituciones académicas, deportivas o económicas es el del dueño con su propiedad. Es el ojo del amo. Y posiblemente esto es lo mejor que se puede decir de la herencia soviética, aunque ya venía del mundo campesino tradicional, del *mir*.



Podría hablar del 0,25% de paro en Kazán, del dinamismo de sus empresas –como la petrolera Tatneft–, de la alegría de vivir de Tatarstán, del buen nivel de consumo, de los atascos colosales de Moscú, de la ausencia de un ambiente bélico en la sociedad o de que, en definitiva, en Rusia se vive bien, en algunos casos mejor que aquí, que el trabajo abunda y que hay unas inmensas posibilidades de crear riqueza que hemos regalado tontamente a China. Y que se ven más niños en las calles, sobre todo cuando se viaja por las ciudades de provincias. También se puede escribir sobre las rácanas pensiones de los jubilados, sobre la especulación urbanística en Moscú o sobre las quejas de la gente de a pie por las contemplaciones y paños calientes del Kremlin con los enemigos de Rusia (sí, Putin allí es un blando). Pero ya conozco demasiado a mi gente como para hacerme ilusiones: «te han engañado», «eso lo dices porque te han llevado a donde ellos quieren», «te han lavado el cerebro»... Nadie cree que uno puede pasear libremente y a su capricho por las ciudades rusas y que no hay *aldeas Potemkin*. Curiosamente, quienes afirman eso son los mismos que están ciegos cuando llegan las duras imágenes de Gaza, los mismos que todavía creen que Ucrania va a ganar la guerra, los mismos que aseveran, solemnes, que los Estados Unidos son invencibles. Ellos no han estado allí, pero pontifican sobre lo que yo sí he

visto. ¿Para qué el inútil esfuerzo de discutir? Occidente ya sólo obedece a sus reflejos pavlovianos.

Resignado, le contesté a mi amiga: «*No te preocupes, lo contaré todo y no me harán caso. Pero no me callaré*». Tomé un trozo de dulce *chak-chak* y me lo llevé a la boca, Sirvió para disipar la amargura del alma. «*Rajmet*», dijo ella. Y yo seguí disfrutando de la hermosa, culta y alegre Kazán. *Carpe diem*. Ya está bastante acibarada mi patria en descomposición.
